

continuador del Biclarense hasta el año de 724. Dejámosla sentada entre los años 717 y 718 de Cristo, hasta el 737, con tanto número de testimonios irrefragables que negarla no carece de temeridad, mientras no se descubran otros que les escedan en autoridad y número. Esto no lo han hecho los citados modernos, ni es cosa esperable. Concluiremos pues este párrafo con quitar al autor del *Ensayo cronológico* un escrúpulo que le incomoda. Dice que «don Opat, que había derramado la sangre de los primeros señores de la corte, no se tomaría el trabajo de ir á las Asturias en busca del desvalido don Pelayo para convidarle con la paz y ofrecerle bienes y premios.» Pero ahora digo yo que no parecía creible que nadie hiciera reflexion semejante, y sin embargo, la hace el señor Noguera. Es verdad que poco meditaba, pues su mismo Pacense dice que los sarracenos iban ocupando nuestras plazas con paz fingida, *pace fraudifica*; que Muza engañaba á las gentes con capitulaciones honestas y condiciones admisibles y decentes, pero que ninguna cumplía: *atque suadendo et irridendo astu quodam fallit Muza*. Pues siendo así, ¿de qué se maravilla este sábio de que procurase tambien Alkama escusar batallas y seducir á Pelayo por medio de don Opat, su primo, que le hablaria con libertad y en su lengua? Si se dejaba engañar, había concluido la guerra y conquista, sin mas sangre que la de Pelayo que hubiera derramado luego como rebelde, y ya rey en Asturias.

Insistiendo el cronista Pellicer en hacer vagas y sin firmeza las épocas de los reyes sucesores de Pelayo, á fin de que quedase mas la de este, y dar lugar á la disparatada retardacion de su reinado, se arroja ciegamente á combatir cuanto se le opone por venerable que sea. Copia de Morales la inscripcion de don Favila (1), y dice ma-

(1) Esta inscripcion es la que se puso en la iglesia que con la advocacion de Santa Cruz edificó el rey Favila cerca de Cangas, y de que ya hemos hablado. Hé aquí lo que dice el arriba citado Morales en el capítulo 9 del libro XIII de su Crónica de España:

«Sobre el arco de la Capilla mayor mandó el rey poner una gran piedra con todo lo que se sigue es-

gistralmente: «Discurre Ambrosio de Morales cerca de la fecha de ella, y concluye que acaba con decir que se fundó la Iglesia el año de la creacion del mundo 6509 y la Era de 777, y el año de nuestro Redentor 739.»

crito en ella. Yo lo pondré fielmente con los malos latinos y escritura errada que tiene, y porque parecia quisieron ser versos, se conservarán los renglones como allí están:

*Resurgit a preceptis divinis hec mecina sacra.  
Opere suo comptum fidelibus votis.  
Per spicue clareat hoc templum obtutibus sacris.  
Demonstrans figuratit er signaculum alme Crucis  
Sit Christo placens hec aula ob Crucis tropheo sacra.  
Quam famulus Fofila sic condidit fide provata.  
Cum Froiluba coniuge ac suorum prolium pignora nata.*

*Quibus Christe tuis muneribus sit gratia plena.  
Ac post hujus vite decursum proveniat misericordia longa.*

*Hic valeas Kirio sacras ut altaria Christo.  
Dici revolutis temporis annis CCC.  
Seculi etate porrecta per ordinem sexta.  
Discurrente Era DCCLXXVII.*

«No es posible trasladarse en castellano esta pieza, por no tener ella en su latin concierto. Lo que dice en sustancia es cómo el rey por instinto divino mandó edificar aquella iglesia y la dedicó por trofeo de la Santa Vera Cruz, y puso su imagen en ella. Luego le pide á nuestro Señor le sea agradable aquel templo edificado y ofrecido por el triunfo de la Cruz, de mano de su siervo el rey Favila, y de su muger la reina Froiluba y de sus hijos. Suplicaba nuestro Señor les dé á todos ellos por merced suya aquí gracia cumplida, y despues de esta vida alcancen entera misericordia. Acaba con decir cómo se fundó la iglesia el año de la creacion del mundo 6509 y la Era de 777, y el año de nuestro Redentor 739. Esta es la mas antigua escritura que en piedra ni de pluma hay en España despues de su destruccion. Por esto la lei con gran cuidado, aunque con mucha fatiga por estar muy alta, y la iglesia oscura, y estar las letras mal forradas. Yo subí á leerla con una escalera, y la lei toda, y trasladé algo alumbrándome con dos velas puestas en dos lanzas. Despues, porque yo me cansaba, subió un criado mio y acabó de trasladar bien. Mas no fiándome yo de esto, volví arriba, y recorí y comprobé muy despacio lo escrito. Todo este trabajo y cuidado era bien se pudiese por lo mucho que de la piedra se entiende.—... Mucho tambien vale para la averiguacion del tiempo el año que señala esta piedra. Porque ninguna duda hay, sino que dice setenta y siete, pues aunque está quebrada allí la piedra donde mas la quisiéramos entera, todavía hay rastro manifiesto de la V que junta con las dos H que están claras y enteras, quedando entera la mitad postrera della; y aunque no se saca de aquí mas de que aquel año 739 vivía y reinaba este rey, es muy bueno para comprobar con esta piedra la buena cuenta que llevan de conformidad los tres obispos mas antiguos, comenzando el reino de don Pelayo el año ya dicho, y para creer tambien que fué muerto el rey Favila este año de la piedra como ellos escriben.»

dentor 739. Hizo mal el cómputo aquel gran varon, porque el año de 6500 de la creacion del mundo, que es el que señala conforme la suputacion de los Setenta Interpretes que sigue el letrado, concurrió en el año 1100 ó 1101 de Cristo nuestro santísima Natividad pone la calenda de aquella sagrada noche en el Martirologio romano cinco mil ciento y noventa y nueve años, y otros señalan cinco mil y doscientos. Con que el sexto milenarío del mundo comenzó el año de 799, ó el de 800 de la divina Encarnacion ó Natividad del Verbo. Y así el año 300 del siglo VI (quiso decir milenarío) fué el de 1100 de Cristo nuestro Señor. De forma, que la suputacion de Morales queda desvanecida. Y es de admirar que un hombre tan grande pensase que el año de 6500 de la Creacion pudo concurrir con el de 739 de Cristo. De que se colige que lo final de esta inscripcion no está bien trasladado, ni por ella se pudo deducir el año firme de la fundacion de aquel templo, ni menos el de la muerte del rey don Favila: porque cauducando las señas principales de los años del mundo, no puede subsistir la época de la Era que allí se introduce.»

Son innumerables los desvarios y paradojas con que Pellicer atestó sus escritos; pero el presente discurso contra Morales escede á todos. Bien pudo Morales equivocarse en aquella cuenta; pero no era Pellicer hombre para demostrar que se equivocó Morales. Ignoraba Pellicer que sobre los años y aun siglos que pasaron desde la creacion del mundo hasta la venida de Cristo, hay un exorbitante número de opiniones opuestas entre sí? La inscripcion de don Favila dá 5561 años (pues este número y el de 739 de Cristo, que corresponde á la Era 777, forman los 6300) de dicho periodo del mundo hasta el nacimiento del Mesias. Si se le hacen muchos, sepa que otros alargan esta suma á 7458. Don Alonso el Sábido pone 6984 en unos lugares, y en otros, cien años menos. Panvinio dice fueron 6510. San Cipriano dá 6000 redondos. Lactancio, 5801; Nicéforo, 5700; Clemente Alejandrino, 5624; y á este tenor otros innumerables. Los cronólogos que po-

nen la venida de Cristo al mundo cuando este tenia menos años que los 5561 de la piedra, son acaso mas en número. Reducen gradualmente su venida hasta el año 3754 del mundo. Mas de noventa opiniones, todas célebres y entre sí contrarias, trae el Padre Ricciolo acerca de esto, y el P. Aurelio de Génova añade hasta 150; en el dia podrían aumentarse hasta doscientos y mas. Siendo esto cosa común y de hecho cómo decide Pellicer con tanta satisfaccion que de la creacion hasta Cristo solo pasaron 5199 años? Esta opinion es la del Pacense, y de ella se armó Pellicer para su paradoja; pero contra ella es hoy comun (aunque no mia) que solo pasaron cuatro mil años.

Pero la piedra de don Favila, dice Pellicer, sigue el cómputo de los Setenta Interpretes, que es el de la Calenda. Esto es del todo falso. Segun los Setenta Interpretes fué mayor aquel periodo, como todos saben. La Calenda de Natividad sigue la cronología de Eusebio cesariense, que es el primer escritor cristiano que quitó mil quinientos años al periodo desde la creacion del mundo á Cristo, seguido de todos los Padres hasta su tiempo, principalmente del mas ilustre cronólogo Julio Africano. Pregunto pues: ¿de dónde sabe Pellicer que la lápida de don Favila sigue la cronología de los Setenta? Esta cronología solo se diferencia de los códices hebreos en los años patriarcales desde Alan á Noé que los hebreos cuentan 1656 y los Setenta 2256 siguiendo el cómputo de Josefo. Porque los escritores españoles seguian esa cuenta, responderá Pellicer; y así lo dice en sus *Anales*, en el *Sin-celo* y en otros lugares de sus obras. Pero es contra la verdad el que todos los españoles siguiesen la cronología Eusebiana. Si reconocemos sus escritos, hallaremos la misma variedad que en los otros. San Isidoro de Sevilla hace aquel periodo de 5336 años. Siguele don Lucas de Tuy y otros. San Julian de Toledo, siguiendo á los Setenta, le dá 5200 (lo que no es exacto), y con los códices hebreos, 5834. San Juan de Val-Clara pone 5169; el Crónicon de Melito, 5155; y otros, ya mas, ya menos. Don Alonso el Sábido ya vimos cuán apartado anda de la Calenda y de Eusebio. Con que todo el aparato de Pellicer contra Morales ha parado en nada.

«No se pueden dar, dice Riccioli (en su *Chronologia reformata*) al periodo de Adán hasta Cristo según los Setenta más de 5904 años, ni menos de 5054.» Pero dentro de estos dos extremos, en que median 850 años, puede haber otras tantas opiniones probables, sin que ninguna pueda condenarse por falsa. La más aplaudida es la que dá á dicho periodo 5634; pero nadie reprueba las que se contienen en los dos extremos indicados.

Yo recelo que Pellicer vió en un opúsculo manuscrito (creído de Morales) la especie general de que los españoles de aquellos tiempos seguían la cronología eusebiana, puesta en latín por San Jerónimo, y porque los PP, griegos eran poco conocidos; pero si aquel opúsculo es de Morales, no examinó bien el punto: por lo menos, no estuvo persuadido, pues no lo usó en nuestro caso. Siguese de aquí que Morales pudo muy bien hacer coincidir el año de 6300 de la creación del mundo con el 737 de la Era dionisiana ó victoriana que es la que llamamos *Vulgar* de Cristo.

Lo que más admira en esta materia es ver al autor del *Ensayo* tan abatido secuaz de Pellicer, cuyo genio tenía bien conocido, que sobre el delirio que acabó de combatir, dice con la mayor serenidad «que según Pellicer, no corresponde el año de la Era española que interpretó Morales, al de la creación.» ¿Con un testigo como Pellicer en competencia con Morales se contenta el señor Noguera y cree debemos contentarnos todos en una controversia tan importante? «Las últimas letras numerales, dice, están gastadas, y no podemos saber la Era que contenían.» Los años pasados reconoció la piedra el erudito don Gaspar Melchor de Jovellanos, y nos asegura por cartas y de boca, «que la Era debía de ser la de 775.» Morales opinó podía ser la de 777; pero como quiera que fuese, el sábio señor Noguera hubiera podido mirar más por su crédito literario en este delicado punto. Morales mismo en su *Viaje Santo*, pag. 68, pone el fin de la inscripción como se halla en el original, en esta forma: *Era septingentesima septuaginta III.* Nadie, sino quien cierra los ojos á la razón, puede dudar de que la expresión de *Septu* terminaba en *agesima*. Lue-

go la duda no puede caer en los años de la década, cuyos guarismos están precisamente en lo quebrado de la piedra, bien que permanecen al fin dos unidades enteras y una dudosa. Tenemos pues por indubitable que la Era no pudo ser menos de 773, ni más de 779. Si pudo ser la de 777 como sintió Morales (en su *Crónica*, libro XIII, cap. 9), se puso la piedra el año de 739 de Cristo, que fué en el que murió el rey D. Favila; y si pudo ser la de 775 como cree Jovellanos, se puso en el de 737, primero de su reinado. Uno y otro es conforme á los Cronicones del Albeldense, de don Alonso y demás posteriores. Conclúyese pues asertivamente que Favila construyó esta iglesia de Santa Cruz y puso la losa en uno de los dos años de su reinado, que para mí es en el segundo. El autor del *Ensayo* dice «que don Favila reinó dos años incompletos, según el Cronicon Albeldense y el de don Alonso III.» No sé yo cómo tiene ánimo para citarlos en su favor después de haberlos desacreditado lo más que ha podido; pero es el caso que este reinado corto le viene bien para dorar el empeño pelliceriano. Alégales aquí por la razón misma, aunque no con toda felicidad. Primeramente el de D. Alonso no dice «que D. Favila reinase dos años incompletos:» lo que dice es que murió en la Era de 777, año 739 de Cristo. El Albeldense dice: *Favila filius ejus (Pelagii) reg. an. II.* ¿Es esto decir que reinó dos años incompletos? Y ¿por qué no fueron dos años y medio, como dicen algunos Cronicones? Preguntemos al señor Noguera: ¿esta cláusula no es intrusa en ambos Cronicones? ¿Estas notas numerales no son de aquellas que hacen poca fuerza porque las pudieron viciar ó equivocar la incuria de los copiantes? Y si yo lo dijera que lo están, y que Favila reinó doce años, ¿con qué documentos se me desmentiría, negada la fé á estos preciosos Cronicones?

Acabemos este párrafo quitando otro escrúpulo al autor del *Ensayo cronológico*. Dice que «de la inscripción referida no consta que D. Favila fuese rey, y pudo ponerla antes de serlo.» Mas en esta estéril reflexión adelanta muy poco. Por la Era ya detallada consta la imbecilidad y falsedad del esugio. Podría yo citar aquí un crecido número de documentos indubitables en que

los mismos reyes que los hicieron solo se ponen el dictado de príncipes (y también de príncipes que usaron el dictado de reyes); y sé muy bien que el señor Noguera no se atreverá á negarlo, por ser común y sabido de todos. Aun dándole gusto, sería muy poca la ventaja para ganar años y contrario á los Cronicones cuando dicen que «por lo corto de su reinado no pudo dejar otros monumentos que la iglesia de Santa Cruz.»

Esta permanece hoy día bien conservada, y su construcción material hace ver que la arquitectura civil, sencilla y noble, duraba todavía y no se conocía el goticismo que se nos apoderó más adelante de todos los edificios, aunque es cierto que este vicio no nos vino del Norte con los godos, sino del Asia por los árabes. Es de sillaría grande bien cortada, cosa que los árabes no practicaron, usando de sillarejos de poco volumen, aun en sus mayores obras. Debían de temer los pesos grandes y carecer de cábricas operosas y de cabrestantes mayores. Debajo del pavimento de esta iglesia hay otra subterránea, como en otras muchas de España, según uso de aquellos tiempos; con lo cual tenían enjuto el piso y libre de humedades. En una palabra, la obra se pudo por entonces llamar *admirable* y *hermosa* en cierto modo, como dicen los Cronicones, *miro opere, pulcro opere*.

*Discurso leído por el señor don Modesto Lafuente al tomar posesion de la plaza de académico de número en la Real Academia de la Historia el día 23 de enero de 1853.*

Señores: Recibo hoy la primera, pero la más pura recompensa; el primero, pero el más glorioso galardón á que pudiera aspirar por premio de mis desvelos y tareas literarias. Con toda la fé, con todo el ardimiento, con toda la santa audacia que necesita un hombre solo y aislado para una noble y grande empresa, acometí un trabajo histórico, improbable, difícil, casi gigantesco, la historia general de nuestra nación. Publicada una buena parte de este trabajo, la Real academia de la Historia ha tenido la dignación de llamarme á su seno. Esta honra, tributada sin duda, no al escaso mere-

B. del C., tomo XVIII.—V.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III,

cimiento que haya podido hallar en la ejecución, sino á la magnitud del pensamiento, á la nobleza del fin, y á la laboriosidad y perseverancia que supone, es la que hoy me hace sentir una satisfacción profunda y una emoción que se debe traslucir. Reciba la sabia y respetable corporación á que desde hoy me glorió de pertenecer, el testimonio de mi más sincero reconocimiento. En los fastos de mi insignificante vida queda notado este día con la letra del gozo y de la gratitud.

Voy á cumplir hoy también con el primer deber de académico, discurriendo sobre un periodo de nuestra historia. Haré algunas consideraciones sobre un acontecimiento de los que influyeron más en la condición y en la vida social de España, á saber, la fundación, el engrandecimiento y la caída del Califato de Córdoba; indicaré sus causas y apuntaré sus consecuencias.

Señores, en uno de estos grandes movimientos y oscilaciones con que de tiempo en tiempo se vé marchar la masa general de la humanidad impulsada por la mano de Dios, el Oriente y el Mediodía habían sido arrojados sobre el Occidente. Los hombres de Asia y los hombres de Africa se habían lanzado sobre la vanguardia de Europa, y la habían arrollado y ahogado como un torrente. Un quejido de dolor resonó desde la confluencia de los dos mares hasta la cadena de los Pirineos. Era el lamento de la España moribunda, porque las naciones sienten la muerte y se quejan como los individuos. Todos creían que la España había muerto, incluso los que se jactaban de haberla ahogado entre sus brazos vencedores. Pero la España vivía, y vivía sin saberlo ella misma, porque quedó aletargada. Era el principio del siglo VIII.

Comenzó á volver en sí, y el primer síntoma de su vitalidad se sintió en el fondo de unos riscos y en la concavidad de una gruta; de una gruta, el último asilo de la Religión perseguida; de unos riscos, el postrer atrincheramiento de la independencia de los pueblos. Religión y patria era lo que hombres extraños habían venido á arrebatar á los españoles; fé y libertad eran los dos principios vitales de España. El primer arranque de vida fué imponente y terrible.

Sucedió el portento de Covadonga, y de la profundidad de un oscuro valle de la antigua Iberia salió una voz avisando al mundo que las soberbias huestes del profeta de la Meca, que los orgullosos dominadores de Asia y de Africa habian dejado de ser invencibles en un rincón de España.

Al poco tiempo una voz semejante á la de Asturias resuena en otros valles y en otras rocas del Pirineo. Los cristianos del occidente, del septentrion y del oriente de España se responden como los centinelas que vigilan los puntos extremos de una ciudadela sitiada. Ha comenzado la lucha, y los oprimidos van rescatando á fuerza de heroismo y de individuales esfuerzos una parte de su patria de poder de los opresores. Pero eran pocos y obraban aislados: no eran bastante ilustrados para conocer las ventajas de la unidad, y eran demasiado altivos para rechazarla aunque las hubieran conocido. Solo los unia el principio religioso.

Por fortuna anduvieron todavia mas desunidos entre si los conquistadores. Hombres de diversas razas y tribus, de distinto origen y diferentes costumbres, árabes, sirios, egipcios, persas, berberiscos é israelitas, los unos nobles, cultos y galantes, los otros rudos, groseros y feroces, fanáticos musulmanes los unos, mas tibios creyentes los otros, de mal grado sujetos los africanos á los asiáticos que los habian subyugado, unidos momentáneamente para la conquista, tan pronto como se vieron vencedores, desarrolláronse las rivalidades, las antipatías, los odios de casta y de tribu; los emires y los walfes, los alcaldes y wacires se hicieron entre sí cruda guerra, y todo fué rebeliones, venganzas, turbulencias, desorden y espantosa anarquía. El emirato estuvo á punto de disolverse, y la España sarracena próxima á perecer destruida por la gangrena interior que corroía sus entrañas.

Sensible es que á enemigos de nuestra fé y de nuestra patria se les alcanzara en tal estrechidad y angustia tan heróico, tan digno y tan eficaz remedio como el que buscaron, y pienso que se ha reparado poco en la grandeza de un hecho que pasó en nuestro país.

Si hoy mismo, señores, si hoy, despues de los progresos que ha hecho la civiliza-

cion, se ofreciera á nuestros ojos en cualquiera de las naciones modernas mas cultas, en medio de los estragos de una prolongada guerra civil y de los horrores de una prolongada anarquía, el espectáculo de una asamblea deliberando pacíficamente, sin acaloramiento, sin pasión y con dignidad sobre los medios de librar de la muerte el cuerpo social; si la viéramos concebir el atrevido pensamiento de fundar un imperio grande en una sociedad ya casi disuelta, ofrecer la diadema del proyectado imperio á un príncipe proscrito, desvalido y errante, resto de una familia recientemente exterminada, buscarle, sentarle en el trono, y constituir un imperio sólido, fuerte, poderoso y estable, creo que no halláramos términos con que ensalzar la noble, la patriótica, la elevada conducta de aquellos hombres.

Pues bien, señores, esto lo ejecutaron hace once siglos los agarenos que habian venido á apoderarse de España. Yo no ceso de admirarme cada vez que me represento aquellos ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, jeques de otras tantas tribus, congregados en asamblea en Córdoba, discutiendo los medios de sacar la España musulmica de la agonía en que se hallaba, y proyectando fundar en ella un grande imperio independiente de Asia y de Africa. Aquellos hombres se acuerdan de un jóven é ilustre príncipe, pero que vagaba errante y prófugo por los desiertos africanos, mendigando la hospitalidad del desvalido y el sustento del menesteroso de aduar en aduar entre aquellas tribus salvages. Este príncipe, único vástago de la preclara estirpe de los Beni-Omeyas que habia dado catorce califas al imperio de Oriente; el único que por una feliz casualidad se habia salvado de la universal matanza de su familia, ejecutada entre los alegres brindis de un festin alevosamente preparado en Damasco por los vengativos Abbassidas, por aquellos feroces Abbassidas que acababan de plantar sobre el trono imperial de Siria el negro pendón de Abul Abbas despues de haber desgarrado el estandarte blanco de los Omniadas; este príncipe es buscado en los desiertos de Africa por los enviados de los jeques de Córdoba: le encuentran en una cabaña y le brindan

con un trono; le hallan vestido de harapos y le ofrecen un manto de púrpura; le recogen de entre beduinos y le traen á España á regir un imperio que han proyectado para él. El acuerdo de los jeques de Córdoba nos costó setecientos años mas de lucha. Era poco mas de mediado el siglo VIII.

Viene á España el jóven príncipe Abderrahman el Omniada. «Es digno de un trono este hijo de Moawiah,» exclaman millares de musulmanes andaluces, entusiasmados con su noble y gallarda presencia. Y le erigen un trono en Córdoba, y se funda el imperio mahometano de Occidente, emancipado del califato de Oriente. Rugen todavia desencadenadas las tormentas de las guerras intestinas; pero el jóven Omniada, brioso, activo y esforzado, empuña su cimitarra, combate, triunfa, castiga, perdona, sofoca las rebeliones, reorganiza la España musulmica y afianza su trono. Es un planeta de poderoso influjo, á cuya aparicion se calman las borrascas. En los periodos de sosiego embellece á Córdoba con alcázares, palacios, fuentes, baños y jardines: son las artes de Oriente que vienen á aclimatarse en el suelo español. En los jardines de la antigua colonia patricia donde nació y creció el célebre plátano de César, planta con su mano una esbelta palmera; simbolo del gusto y de la civilizacion oriental, que reemplaza al gusto y á la civilizacion romana. El mismo califa canta una balada á la reina de las selvas; es el génio poético de la Arabia representado por el gefe del Estado. Erige escuelas ó madrisas para la educacion de la juventud; es la ilustracion arábica que quiere hacer de Córdoba la Bagdad de los estudios y de las academias. Da principio á la construccion de una gran mezquita que rivalice en esplendor con los mas suntuosos templos de Arabia y de Siria; es el fanatismo mahometano que se propone hacer de la ciudad de Andalucía la Meca de los musulmanes de Occidente.

Bajo el segundo califa (que así los llamamos, aunque ellos al principio se dieran el modesto título de emires) se acaba de levantar la soberbia aljama de Córdoba, el templo maravilloso comenzado por su padre y fabricado en parte con materiales condu-

cidos en hombros de esclavos y traídos de la derruida ciudad de Narbona, de allá, de mas allá de España, donde han llegado las armas sarracenas; monumento insigne del fervor religioso, de la grandeza, de la pompa y de los adelantos artísticos de nuestros dominadores.

Con el califato de los Omniadas se entroniza y predomina en España la raza árabe pura, noble, ardiente, voluptuosa y galante, sobre las razas berberiscas, groseras, vengativas, traidoras y feroces. El árabe era galante y tierno, porque era culto y voluptuoso. Por eso aquellos califas guerreros y letrados enloquecian con las gracias y las caricias de una linda esclava, y erigian para ella alcázares suntuosos, y le consagraban jardines y versos, cásidas y joyas, y el mas despótico soberano de Oriente se hacia esclavo de la última de sus esclavas. El árabe era generoso y noble. Por eso un califa batallador abrazaba llorando cuando encontraba en el campo de batalla al hermano que aspiraba á derrocarlo del trono; por eso eran indulgentes con los cristianos sumisos, y respetaban á un sacerdote de Cristo que se presentaba desarmado y solo á ajustar un tratado de paz, y permitian llevar en procesion por entre poblaciones musulmanas las reliquias de un Santo. Pero el árabe era impetuoso y ardiente. Por eso martirizaban á los que se atrevian á ridiculizar sus ritos ó á mofarse del profeta; por eso cortaban las cabezas de los guerreros cristianos y las clavaban en los adarves de sus muros ó hacian pilas de sus cráneos. El árabe era violento en sus pasiones y cruel en sus venganzas. Por eso degollaban sin piedad á los musulmanes disidentes, y saboreaban con bárbaro placer el espectáculo de trescientos cadáveres de otros tantos jeques revoltosos clavados en estacas festonando las márgenes de un río. Esta mezcla de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza, esplica la conducta de los califas españoles y el carácter de la lucha de los sarracenos entre sí, y de los pueblos cristiano y musulman durante el Califato.

Basta con que algunos grandes príncipes se sucedan sin interrupcion en un trono para dar engrandecimiento y prosperidad